CENTRO EDUCATIVO PARTICULAR
SAN ANTONIO DE PADUA
www.cepsap.edu.pe

PERFIL DEL EDUCADOR EN CLAVE FRANCISCANA

"Comienza haciendo lo que es necesario, después lo que es posible y de repente estarás haciendo lo que es imposible"

San Francisco de Asís

Hno. Gregorio P. de Guereñu, ofm.

PERFIL DEL EDUCADOR EN CLAVE FRANCISCANA

"*Mejor una cabeza bien formada*
que una cabeza muy llena"
(M. de Montaigne, +1592)

"*La educación:*
en su interior se oculta un tesoro"
Informe Jacques Delors de la UNESCO (1996)

Aclaraciones previas

Antes de entrar de lleno en la exposición del trabajo es preciso hacer algunas aclaraciones delimitando los términos del mismo. Esto tiene la ventaja de ceñirnos al tema tratando de no divagar por aquí y por allá dado que se trata de una realidad amplísima la que, fuera de toda duda, excede los límites de nuestro trabajo que quiere centrarse en pocos puntos que consideramos esenciales, por lo que no pueden faltar en el educador franciscano.

Entendemos por perfil *el conjunto de rasgos o notas peculiares que debe adquirir, purificar, enriquecer y transmitir permanentemente el educador (franciscano) en el ejercicio de su formación y misión*. Dichos rasgos forman parte esencial de la persona del educador y afectan directamente al educando, al alumno o formando. Es por ello por lo que se hace imposible hablar del educador sin implicar directamente al educando. Ambos conforman un binomio inseparable aunque

siempre perfectamente distinguible. Damos por supuestas las bases filosóficas, antropológicas, epistemológicas y sociológicas que son fuentes de todo proyecto educativo y pretenden ir más allá de una definición restrictiva de los contenidos para llegar a cultivar los más auténticos valores. Nosotros nos ocuparemos de presentar una visión del educador franciscano.

Como nota abarcadora de actitud de vida de Francisco de Asís señalamos la simplicidad (*simplicitas*), pues en verdad es característica indiscutible del *poverello*, entendida como sencillez de la persona y como fruto de la espiritualidad de la misma. Los expertos en san Francisco y en franciscanismo nos aseguran que dicha *simplicidad* adquiere rango carismático en la persona de Francisco, y que, por lo tanto, puede ser tomada como clave hermenéutica del mismo. El uso que Francisco hace de esta palabra es abundante y significativo sobre todo por enraizarse en el Evangelio y concretamente en la persona de Jesús. Se trata de un rasgo típico de Francisco que la tradición y la escuela franciscanas nos han legado como la más preciosa herencia. Así, nuestra *Ratio Studiorum* (plan racional de los estudios, ordenamiento, método, finalidad…) de la Orden va encabezada por estas palabras tomadas de san Buenaventura: que los hermanos "progresen en el conocimiento de la verdad y crezcan en pura *simplicidad*". Los biógrafos de Francisco, como Celano, lo llaman "iletrado y amigo de la verdadera simplicidad". El mismo Francisco había puesto de relieve la estrecha relación entre la "*reina sabiduría*" y su hermana la "*reina simplicidad*". De aquí que en la Orden franciscana se creó una tal "tensión" interpretativa que "*introdujo en el alma franciscana una dialéctica creativa que la impulsaba a la minoridad, a la simplicidad y, al mismo tiempo, a empeñarse en el mundo mediante la preparación científica*" (*RS* 18). Desde el principio hay que dejar bien sentado que aquella *simplicidad* no sólo

no tiene en menos esta preparación científica, sino que la tiene como requisito de la misma. Todos los maestros franciscanos, incluso los más agudos filósofos como Duns Escoto o científicos como Rogerio Bacón o Guillermo de Ockam, han visto así las cosas y las han llevado a la práctica. Todos ellos han llegado a la conclusión de que "el estudio de la Palabra de Dios está llamado a transformar las vidas y a culminar no en un elevado pedestal intelectual, sino en un intercambio de amor a Dios, a nosotros mismos y a nuestros prójimos, sobre todo a los más rechazados de este mundo. (Por eso) en la tradición franciscana, la teología no es ciencia sino sapiencia. Sabiduría para saborear el encuentro como instrumento de transformación de nuestro mundo". De aquí que dicha preparación científica y técnica ha de estar siempre presente tanto en la mente de los maestros como en la de los educandos. Y con gran sentido crítico siempre renovado.

Esto supone que Francisco, por encima de la ciencia, que no pocas veces hincha y envanece, cultivaba la *sabiduría*, es decir un saber de Dios, del hombre y del mundo, que no es un saber meramente abstracto y doctrinal, sino más bien un saber que tiene un sabor; en otras palabras, un saber que brota del corazón y que orienta la inteligencia, la cual, por otra parte, nunca puede faltar. Simplicidad que no se confunde con simpleza, ni con simplonería, ni con ingenuidad, ni con falta de criterio; sino que, por el contrario, significa actuar sin malicia, sin doblez, sin hipocresía, sin falsedad, sin intenciones torcidas, sin adulación, sin vanidad, sin mentira ni fatuidad. La simplicidad es la forma de vida que permite a Francisco actuar con la transparencia más grande. Como "el ojo es la lámpara del cuerpo" (*Mt* 6, 22-23; cf. *Mt* 10,16: exhortación de Jesús a ser simples como palomas, prudentes como serpientes, y muchos otros textos), así la simplicidad constituye el ser de Francisco.

Esta puerta de la simplicidad -bien entendida y practicada- es la que nos abrirá el camino por el que ha de transitar el educador franciscano, camino que, a su vez, el educador mostrará al alumno contagiándolo de la savia evangélica, savia que transmite verdadera vida. Pues la auténtica educación es educación para la vida en la forma más noble y agradecida, para hacer de nosotros verdaderos hombres y mujeres que saben de la vida y la transmiten saboreándola. La saborean porque saben de ella, y tanto más saben de ella cuanto más la saborean. La "sapientia" (sabiduría) no desplaza ni desprecia a la "scientia" (ciencia). La sabiduría no permite que la ciencia hinche ni haga envanecerse a la persona.

Vocación trascendental y vocación terrena del hombre

(Sinceros para con nosotros mismos)

Dios ha creado al hombre por amor y lo mantiene en vida por amor, y porque lo ama lo ha llamado a la unión definitiva con Él al final de esta vida mortal. Esta llamada o vocación se denomina vocación trascendental o escatológica; esta es la vocación última. Pero dentro de esta vocación y en el marco de la misma, Dios ha querido otorgar al hombre una historia personal y comunitaria en este mundo, historia que ha de ser de libertad y de libre participación en la creación de Dios. El hombre se halla, pues, dentro de un proceso largo y gozoso-doloroso en la historia llevando a cabo su vocación terrena o histórica.

La vocación trascendental de alguna manera como que envuelve a la vocación histórica o terrena y al mismo tiempo en esta vocación terrena se edifica y lleva a cabo la vocación última o escatológica, trascendental. El hombre se halla en constante crecimiento y evolución en todas sus dimensiones; por ello no puede cerrarse a la llamada de Dios que se hace sentir en los dinamismos del mundo y de su propio ser. En medio de toda la complejidad del mundo moderno Dios sigue llamando a hombres y mujeres para que dediquen su vida a la educación y formación de niños y jóvenes; en medio de todos los avances técnicos, científicos y de medios de comunicación, Dios se hace presente, a través de los más

variados signos, para que asuman con dedicación y con gozo la inapreciable labor de la educación para hacer de este mundo confuso y complicado un mundo mejor en el que reinen la esperanza y la justicia.

Toda vocación terrena es buena siempre que se mantenga abierta a la vocación escatológica o final. Lo contrario sería profesar un humanismo cerrado a la trascendencia, y, por ello, sin apertura a Dios. Es la misma vocación trascendental la que anima, sostiene y fortalece la vocación histórica. Entre ambas se da una interrelación indisoluble. Esta es la visión del cristiano, y, por tanto, la del franciscano. Toda vocación terrena es siempre relativa y supone e implica un caminar hacia Dios; sólo la vocación trascendente es fundamental y podemos decir absoluta ("*El hombre supera infinitamente al hombre*", decía el gran Pascal). El hombre es, pues, siempre un ser en constante apertura hacia el infinito; mientras vive esta vida su vocación terrena es perfectible y mejorable; y esa es su obligación: llegar a la máxima perfección posible, que no es otra cosa que buscar la plenitud de la humanidad. La plenitud de esta perfección sólo podrá darse al final de la vida, y el final es la salvación definitiva. Así, pues, las vocaciones terrenas, que son formas concretas de vida, dentro de un proceso histórico, pueden ser y de hecho son múltiples: obrero, empresario, abogado, educador y maestro, sacerdote, religioso, médico, ingeniero de sistemas, técnico de tal o cual cosa, etc., etc.

Esta vocación terrena -por más que sea relativa- es de suma importancia porque en ella se va realizando y llevando a cabo la vocación trascendental y última. La vocación del educador es el llamado de Dios, discernido y verificado en la propia vida para realizarse a sí mismo y dedicarse con entrega a los demás. Un educador no puede realizar su vocación y por lo tanto realizarse a sí mismo sin relacionarse con los demás,

pero de un modo especial con sus colegas y con sus alumnos. Este relacionarse implica darse, entregarse de lleno a una actividad que es vital y que permanece a lo largo de toda la vida. Es desde dentro de esta vocación terrena que va realizando al mismo tiempo las exigencias de su vocación trascendental o escatológica.

El cuidado de esta vocación es fundamental para que haya verdadera coherencia en la vida. Que los alumnos vean, palpen y experimenten que sus educadores y profesores aman su vocación, que la cuidan con esmero. Este cuidado es, quizás, el punto fundamental y básico del perfil de educador y concretamente del educador franciscano. Pues este cuidado está dentro del cuidado por la vida, del cuidado por la naturaleza y del cosmos entero, nuestra gran primera casa. Esta tiene que ser la primera gran experiencia de vida, la experiencia fundamental y básica. Así nos lo ha enseñado san Francisco y así lo han entendido y vivido nuestros hermanos a lo largo de la tradición de ocho largos siglos; así nos lo han transmitido; así tenemos que hacer nuestra esa experiencia. En el documento que surgió del Capítulo general extraordinario OFM del año 2006 se dice con claridad meridiana que, puesto que la teoría ilumina la vida pero nunca puede sustituirla, "lo primero siempre es la vida, la experiencia, el contacto humano con la realidad dolorosa y esperanzadora de cada persona, de cada pueblo y con la naturaleza; luego, la interpretación de la vida a la luz de la fe, en una circularidad permanente" (*El Señor nos habla en el camino*, 11). Es el principio de la primacía de la praxis.

Desafíos y propuestas:

1. Tomar en serio la vida dentro de la dimensión de la vocación terrena o temporal, en nuestro caso, la vocación de educador. Ella constituye el campo de la realización de la persona del mismo y de los alumnos.

2. Enfrentar con gozo y con la debida competencia la misión propia de la formación y educación de los niños y de los jóvenes. Esta misión es una verdadera evangelización.
3. Tener la lucidez y la audacia necesarias para salir al paso de las carencias existentes en el campo formativo y allanar el camino a los demás.
4. Cuidar la vocación como el don más grande que hemos recibido de Dios.
5. ¿Nuestro estilo de vida, nuestro modo de pensar, nuestros proyectos responden a la vocación por la que hemos optado?

Relación con Dios

(Sinceros para con Dios)

La vocación de la que hemos hablado arriba nos lleva hacia la consecución de la plenitud humana, hacia el objetivo supremo del itinerario humano, que es Dios. La visión franciscana de Dios es netamente teocéntrica, la consideración del Dios Trinidad pero revelado en Jesús, el Verbo hecho carne. Francisco hizo familiar a este Dios, lo mostró cercano a los hombres; "en su genio naturalmente vivaz" fue capaz de leer la realidad de Dios en clave personal y siempre dentro de la Iglesia, pero realizando toda una especie de "revolución" mental, humana, cristiana y espiritual con las más ricas consecuencias para los hombres y mujeres de su época, para la Iglesia y para el mundo. Podemos afirmar que, de la forma más espontánea, hizo toda una revisión de la imagen de Dios en su época, revisión que tiene vigencia hasta nuestros días y que los seguidores de Francisco la mantienen viva y la transmiten al pueblo de Dios y al mundo entero.

Los Ministros generales de la Familia Franciscana, con motivo del VIII Centenario del nacimiento de san Francisco de Asís, año 1981, afirmaban que con la visión que Francisco tenía de Dios y que mostró al mundo entero, "caían esquemas hermenéuticos que parecían gastados y vacíos de significado para la época que estaba naciendo". En realidad Dios era visto y tenido por la misma Iglesia y por los cristianos como el Ser supremo que habita allá en las alturas, inaccesible y que aparece muy lejano del hombre, por lo que la comunicación y la comunión con Él se presentaban prácticamente como imposibles. Para Francisco Dios es, ante todo, Padre bueno, bondadoso, familiar, cercano al hombre, amigo del mismo y guía en su caminar diario. "El mismo pueblo destinatario de la

acción evangelizadora llevada a cabo por el Pobrecillo se Asís quedó fascinado y conquistado por el modo como Francisco sentía y presentaba a su Dios. Y todos comenzaron a redescubrir que el Señor es el Amigo más cercano y fiel, el verdadero Emmanuel que vive en medio de su gente como el pastor entre sus amadas ovejas".

El modo tradicional de ver y presentar a Dios como lejano e inaccesible iba de la mano con la presentación de un Cristo también lejano del hombre y no como el Verbo encarnado, hecho uno de nosotros, "pobre y crucificado", sencillo y amigo de los hombres, especialmente de los más pobres, pecadores y necesitados de ayuda material y espiritual. Este modo de ver a Dios no podía menos de transformar no sólo la mente sino también el comportamiento de la gente más sencilla y necesitada de una tal visión de Dios. En tiempo de Francisco tenía gran vigencia la cultura religiosa oficial, presentada por la misma Iglesia desde siglos atrás, pero tal cultura estaba anclada en esquemas "correspondientes a un clima histórico ya pasado y conformes por tanto a una sensibilidad humana diversa". Esta cultura oficial "insistía en proponer un Cristo mayestático y triunfante de impronta bizantina". Francisco, con toda su *simplicidad*, rompe con estos esquemas ya anquilosados y fuera de la nueva sensibilidad religiosa para retornar al Evangelio en el que vemos un Jesús hermano, amigo del hombre, camino, verdad y vida para el mismo.

Francisco pertenece, en realidad, a otra época; por ello los biógrafos lo llaman "hombre nuevo" que inaugura una "época nueva". El ambiente popular cristiano reconoce en la forma de vida de Francisco el nacimiento de un humanismo nuevo, fruto de las mismas fuerzas sociales vivas que van abandonando la forma de vida feudal a la que correspondía aquella visión mayestática, fría y lejana de Dios y de Cristo, y

fruto de esta nueva visión cristiana de Dios y de Cristo Francisco presenta con gran insistencia a María, la Madre de Jesús, como la que había hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. “Francisco experimenta y presenta a un Dios vivo, acampado en medio de su pueblo, partícipe, por consiguiente, de las esperanzas, de las alegrías y sufrimientos humanos”.

El *poverello* de Asís, con su ejemplo de vida, convenció a la Iglesia y al mundo de que era posible vivir el Evangelio sin demasiadas interpretaciones acomodaticias; de aquí que la misma autoridad de la Iglesia quedó impactada por esta forma de vida tan simple y al mismo tiempo tan rica en consecuencias para el cristiano, incluso llama la atención a los no cristianos y en general a la humanidad entera. La vigencia de Francisco en la sociedad actual es evidente, ahí tenemos el significado profundo del “espíritu de Asís” al que apelan todas las religiones y la sociedad moderna. Francisco atrae y contagia de mil maneras, y no precisamente por su alta doctrina filosófica o teológica, sino por su práctica de vida, por su espiritualidad enraizada en el Evangelio al que toma como su “forma de vida” indiscutible e insuperable. La tradición franciscana, la escuela franciscana, supo condensar en doctrina las grandes intuiciones y la honda espiritualidad de Francisco. Por eso une vida y doctrina; ambas se remiten la una a la otra en forma permanente. Y ambas fascinan al hombre actual.

Francisco supo acercar Dios a los hombres y los hombres a Dios. Francisco nos enseña con su ejemplo de vida que Dios es ajeno a toda estructura de poder, de dominación, de opresión, de injusticia y a toda acción que daña su imagen en el hombre. Este modo de ver y presentar a Dios ofrece al hombre la más grande esperanza para la paz y para el bienestar de todos sus hijos. Y a nosotros nos insta para que

el auténtico sentido de Dios llegue a penetrar toda estructura humana, todo lenguaje teológico y espiritual, toda ética, todo el arte y, por supuesto, la formación y la educación.

Desafíos y propuestas:

1. Enfrentar el tema de la globalización con sentido bíblico-cristiano-franciscano; es decir, esforzarse y luchar para globalizar la unión, la justicia, la paz, la fraternidad… Dicha globalización deja ver su lado positivo y sus aspectos negativos con los problemas que debemos enfrentar.
2. Como franciscanos hemos de intervenir con tino y con claridad para orientar los nuevos fenómenos que afectan y aquejan a nuestra sociedad, tales como: indiferentismo religioso, agnosticismo, relativismo…
3. Saber contraponer creatividad educativa y pastoral a la indiferencia o a la simple crítica que no es constructiva.
4. Discernir los signos de los tiempos según nuestro carisma franciscano: Jóvenes, mujer, relaciones interhumanas, pobres, educación para la sexualidad y el amor..
5. Apertura a nuevas iniciativas que existen incluso fuera de las estructuras tradicionales.

Relación para con los otros

(Sinceros para con los otros)

Para el franciscano hablar de relación para con los otros es hablar de fraternidad. La fraternidad es la *forma de vida* del seguidor del *poverello* de Asís; fraternidad que significa vivir el Evangelio como hermanos siguiendo a Cristo. Dicha fraternidad se basa en la realidad de Dios Uno y Trino y se construye en el respeto a cada hermano tal como es, don de Dios, persona creada a imagen y semejanza de Dios. Vivir a fondo la fraternidad como comunión y coparticipación significa ser fieles a nuestra vocación y misión. De tal manera que la dimensión fraterna es siempre y en todas partes la estructura básica de nuestro estilo de vida, de nuestro modo de trabajar y de evangelizar. Es también esta dimensión fraterna la que define y determina nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación entera. No es posible ser honestos y sinceros para con Dios sin serlo, al mismo tiempo, para con los demás, para con los otros. He aquí una pauta válida para el comportamiento y misión del educador franciscano. Pauta que tiene su raíz en el Evangelio.

En el mundo en que vivía Francisco de Asís no era nada fácil el vivir esta forma de vida en fraternidad, pues primaban las relaciones verticales (amo-siervo, señor-vasallo) y no horizontales tanto en la sociedad como en la Iglesia. Francisco une estrechamente el llamado del Evangelio para vivir en fraternidad con las nuevas formas de vida que estaban surgiendo en la sociedad medieval, las *comunas*, que formaban verdaderas fraternidades, rompiendo así los

estrechos esquemas de vida del feudalismo. Por eso, la perspectiva de Francisco es válida siempre en cuanto que une Evangelio y coyuntura humana teniendo como fruto la fraternidad en igualdad, pues la persona humana es digna de ser estimada por ser imagen de Dios, sin distinciones ni rangos de raza, sangre, títulos, sexo, edad, lugar geográfico, posición económica, etc.

Hoy también vivimos en una nueva fase de la historia; de ello es consciente la humanidad entera. Desde hace décadas la humanidad está viviendo una nueva época en la que se multiplican las nuevas posibilidades para el hombre, pero en la que también se multiplican los retos y desafíos. Ante todo se impone conocer la realidad, abrirnos a la acción del Espíritu que nos invita a discernir los "nuevos signos de los tiempos" encontrando en ellos una verdadera interpelación de Dios. Sin esta apertura a la trascendencia -como decíamos al comienzo- el hombre se pierde en el laberinto de sus propias conquistas hasta llegar a endiosarse; y es entonces cuando el hombre se vuelve contra el hombre.

Vivimos un tiempo de la "razón" y de la "producción" en la que sobresalen diversos aspectos que afectan al individuo y a la sociedad. Importa ser sinceros para con los otros y para con nosotros mismos, para con nuestra vocación y para con Dios por más que cambie nuestra imagen de Él y por más que cambie el mundo; pero Dios permanece siempre el mismo, Padre bueno y creador amoroso de todo el universo. En esta nueva época de la historia irrumpe el individuo como "sujeto" que busca su autonomía dentro de un pueblo que también se sabe "sujeto" de su propia historia. Búsqueda de libertad frente a todas las instancias, tales como la religión, la autoridad, la tradición; búsqueda de un desarrollo ilimitado, conciencia de cambio constante que lleva a la transformación de la sociedad en todos los campos; en fin, el sujeto decide

por sí mismo y hace uso de su razón crítica como nunca antes se había conocido.

Vivimos en un constante cambio de paradigmas, de parámetros, de puntos de referencia; el hombre se siente artífice de su historia y se tiene como la medida de todo. Lo que lleva consigo a una concepción del mundo plural y pluricéntrico; por lo tanto, se multiplican los particularismos étnicos, regionales, lingüísticos y demás. El proceso de secularización hace que tanto los estados como las instituciones y los mismos individuos no toleren la tutela de nadie, y menos de instancias religiosas; la religión es asunto privado, se dice, y nadie debe entrometerse en el comportamiento religioso de los demás (Ver, H. Schalück, ofm., *Llenar la tierra con el Evangelio de Cristo*, Roma 1996, 15ss.)

Todos estos cambios de paradigmas traen consigo diversas crisis entre las que destacan: la crisis de calidad de vida, el desequilibrio de lo "vital" en el que impera la "lógica de la exclusión" que no respeta ni al otro ni a la misma naturaleza, la crisis afectiva y espiritual. El capitalismo desenfrenado y salvaje impera entre los hombres e instituciones de poder y de mayor influencia en la sociedad, lo que crea un desequilibrio en la misma sociedad.

La irrupción de la razón crítica con todas sus cualidades y carencias ha marcado la época moderna, así como también la creatividad que lleva a una transformación radical del mundo. Estamos en la era de la tecnociencia con toda su fuerza de liberación del hombre; pero la tal liberación no llega sin más. Es preciso estar atentos a las ventajas de todos estos adelantos de la humanidad, pero se impone el tener una visión correcta y justa de los mismos; es decir, que deben tener una medida y una finalidad en beneficio del hombre.

Razón crítica, creatividad y liberación deberían ser elementos positivos especialmente en el ámbito de la educación. Educadores y alumnos deberían beneficiarse de dichos adelantos con la finalidad de lograr las mejores aspiraciones de su vida; en definitiva, la vocación a la que han sido llamados.

En ningún campo como en estos de la razón crítica, de la creatividad y de la liberación se juega tanto el educador el sentido de su vida y ejerce mayor influjo en los alumnos. El educador debe saber, por experiencia, que no basta con la razón crítica, pues esta debe ser siempre autocritica y debe llevar a "ser creativa, proyectar innovaciones que alivien la existencia humana, sometida por siglos inmemoriales a penurias, enfermedades, hambres y restricciones impuestas por la naturaleza" (L. Boff, *El cuidado necesario*, Madrid 2012, 140). No hay auténtica educación si no provoca en los estudiantes la creatividad y la capacidad para descubrir nuevas relaciones, inventar nuevos lenguajes, crear nuevos símbolos y elementos que dignifiquen al hombre y sean beneficiosos para él.

Como afirma L. Boff: "Esta nueva postura afecta a los docentes de forma profunda. No son ya los únicos depositarios del saber. Se suman a los estudiantes, los estimulan a inventar. No es una tarea fácil, pues exige desmontar hábitos profesorales, asumir una postura de humildad, de aprender junto con los que aprenden, convivir con la contestación y con la presentación de alternativas" (*El cuidado necesario*, 140). No se piense que con este modo de actuar el profesor pierde autoridad; al contrario, con este comportamiento más bien la aumenta; el profesor no es suplantado por la creatividad del estudiante. Lo que importa es saber guardar su verdadera posición: "(El profesor) en vez de colocarse delante de los alumnos como portador de un

saber específico, debe ponerse en medio de ellos, intercambiar en vez de mirarlos de arriba abajo, bajarse a su altura para estar ojo a ojo, cara a cara y buscar juntos lo nuevo. Quien consiga realizar esta conversión se transformará en un maestro acogido, respetado y co-partícipe. Con razón se dice que el buen profesor es aquel que aprendió a aprender junto con sus alumnos" (14).

El profesor o educador, al actuar de esta manera, reconocerá que está colaborando eficazmente a la liberación del alumno y de su propia persona. Esta es la tesis fundamental y la gran novedad del gran educador Paulo Freire. Él entendió que educar es un proceso político liberador. "Al aprender a leer y a contar, el estudiante aprende a entender el mundo en el que vive y sufre. El primer acto de liberación consiste en la conquista de la palabra. Deja de ser un silenciado. A partir de su contexto de vida empieza a hablar, a tomar conciencia de las contradicciones, a soñar con un mundo donde no haya opresiones y a organizarse para, paso a paso, ir construyendo juntos" (142). Freire decía: *"Nadie libera a nadie, nos liberamos juntos. Nadie educa a nadie ni nadie se educa solo; los seres humanos se educan juntos, por medio del mundo*".

En su obra póstuma *El primer hombre*, Albert Camus escribe: "No, la escuela no sólo les ofrecía una evasión de la vida de la familia. En la clase del Sr. Germain Bernard, por lo menos, la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado, rogándoles que tuvieran a bien tragarlo. En la clase del Sr. Germain sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se les consideraba dignos de descubrir el mundo". Este texto pinta genialmente al genuino educador el cual es un verdadero

agricultor de palabras, un tejedor de expresiones, un provocador de la creatividad y de la fantasía. Si no se cultiva en los alumnos esta hambre de descubrir, se les priva de hacer efectivas sus mejores potencialidades; se les priva de la capacidad para realizarse. Y esto no se logra sino con el cuidado de la persona con todas sus potencialidades.

Tomar conciencia de esto es lo mismo que tomar conciencia de las contradicciones existentes en la vida para rechazarlas y simultáneamente superarlas y poner los pasos para la construcción de un mundo nuevo. Por ello comenta Boff: "Un empobrecido que no conoce las razones de su pobreza, nunca se liberará. La concientización opera esta transformación: conocer el contexto real, a partir de él identificar las contradicciones, conocer sus causas y ver las posibilidades reales de superarlas de raíz" (142). El mismo Paulo Freire afirmaba con realismo y con frecuencia: "*La educación no libera al mundo; la educación libera a las personas que van a liberar al mundo"*.

Importa, pues, ante todo y sobre todo, la persona, el ser humano como tal. La educación y la formación se dirigen a ella. Por ello es preciso adquirir una conciencia clara del valor del ser humano, sin más, prescindiendo de todo adjetivo. Todo ser humano es imagen de Dios; por ello tiene un valor inalienable; todo ser humano es querido y amado por Dios; todo ser humano es un "*microcosmos"* como decía san Antonio de Padua. Interiorizar, personalizar y transmitir esta realidad a los alumnos es tarea fundamental del educador y maestro franciscano. A partir de aquí el educador toma conciencia del valor de la libertad, de la inteligencia, del diálogo, de la fraternidad y minoridad, de la justicia, de la humildad y autenticidad, de la fe y de la alegría de vivir como hermanos y como hijos de Dios. Y consecuentemente de la *ética*, del comportamiento diario de la persona; del aprender

a hacer el bien y evitar el mal como norma básica de vida. La tradición franciscana nos ha dejado en herencia una doctrina antropológica muy rica y de sumo valor incluso para nuestros días. Seguramente estamos frente a un tema que goza del mayor consenso en la tradición franciscana, dentro de las normales divergencias. Y es que san Francisco nos ha dejado una huella imborrable vivida, sistematizada y divulgada por sus seguidores más eminentes. Y es dentro de esta misma dinámica franciscana que podemos interpretar las palabras de Paulo Freire: "*no hay educación sin amor. No hay educación impuesta, como no hay amor impuesto. Quien no ama no comprende al prójimo y no lo respeta*" (cit. por L. Boff, *El cuidado necesario*, 144).

En el siglo pasado y en lo que llevamos del presente la dignidad humana se ha visto vulnerada y conculcada de las más diversas formas incluso aberrantes, a través de la violencia, del terrorismo, de ideologías excluyentes y de atropellos los más variados. Hoy la sociedad no es ajena a situaciones semejantes. Por eso es preciso conocer la realidad en la que vivimos, estamos insertados y a la que de alguna manera colaboramos o bien ejercemos frente a ella una sana crítica constructiva. No en último lugar está la sociedad del mercado libre el cual provoca el enriquecimiento de unos pocos cada vez más ricos y el empobrecimiento de muchos cada vez más pobres.

En todo sistema de vida, sea económico, político, social, religioso, educativo y demás la ética juega un papel primordial. Por ello, ante una economía de mercado libre debe propugnarse a través de la educación una economía solidaria. El documento del Capítulo general OFM 2003, decía al respecto: "Ante un sistema que pretende autorregularse sin criterios éticos, surgen hondas reflexiones en busca de una ética mundial que parta del respeto a la dignidad

inviolable de la persona humana y sea capaz de garantizar un mínimo de justicia para todos (*GS* 63-72). Por todos lados constatamos la búsqueda de alternativas más humanas, diversas en su valor, pero que comparten su oposición a la pretendida fatalidad de nuestros sistemas deshumanizadores: frente a la economía *de* mercado se opone una economía *con* mercado; ante la globalización cultural crece la urgencia de una revalorización de la rica diversidad cultural de nuestros pueblos; ante el advenimiento del mercado global y de sus alianzas con la tecnología, se buscan posibilidades para crear redes de comunicación que beneficien la interdependencia de bienes y recursos con miras a una vida digna para todos, especialmente para los más pobres; se consolida la conciencia global de que la paz tan añorada no se dará sin justicia a estos niveles. En este contexto, muchas personas han dado su vida por hacer suyos los sueños de los pobres, como signo supremo del amor y de la coherencia con el ideal de vida" (11).

Ahora bien, un elemento sustancial del perfil del educador franciscano es precisamente éste de la lucha por la justicia para todos, especialmente para los más pobres y de la práctica de la paz, evitando todo fundamentalismo cuyo auge constituye uno de los rasgos de nuestro tiempo. El educador franciscano sabe que no se puede lograr el afianzamiento de la propia seguridad e identidad a costa de la negación del otro. "Los defensores de esta ideología se basan en la convicción de ser superiores: poseen la verdad y consideran de antemano que los otros están equivocados; por tanto no hace falta el diálogo. El fundamentalismo es una amenaza para todos los grupos y en todos los sectores: científico, religioso, político, económico, artístico… De la mano del fundamentalismo van la intolerancia, el autoritarismo, la coacción, el dogmatismo, el fanatismo, el sectarismo, el sexismo, el racismo, la xenofobia y todas las formas de

negación o dominación del otro. Es, a fin de cuentas, la antítesis de la fraternidad universal, un camino seguro para alimentar el odio y la venganza" (14).

El educador franciscano debe ser hombre/mujer, franciscano/a, capaz de dialogar con todo el mundo, respetando sus ideas y asumiendo cuanto de bueno encuentre en el otro, sin perder la propia identidad. Al contrario, manteniendo esa identidad en forma inteligente y flexible, debe esforzarse por entrar en contacto fructífero "con todas las culturas, las generaciones, los sexos, las religiones, las corrientes de pensamiento, propiciando así el reconocimiento mutuo y la búsqueda de caminos comunes para instaurar un mundo hermanado en las ricas y sanas diferencias. En este contexto, muchas religiones han emprendido una vuelta a sus fundamentos más originarios y puros y han abierto sus puertas de par en par a la paz y a la solidaridad". Este es el ejemplo perenne de Francisco y seguidores. Además este es un "signo de los tiempos" en medio de las intolerancias por las que estamos atravesando. El "espíritu de Asís" sigue vigente en el mundo entero y especialmente en la veta y en la savia franciscana. Esta visión de la vida tiene una honda perspectiva profética.

L. Boff, en la obra varias veces citada, asegura que a los principios válidos de la (razón) crítica, de la creatividad y de la liberación hay que agregar los que el Informe Jacques Delors de la UNESCO, subrayaba el año 1996; es decir, los pilares básicos para una educación adecuada al siglo XXI: "*aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser, y aprender a vivir juntos*", pilares a los que el mismo Boff añade, y con urgencia, el de *aprender a cuidar* (145). Estos pilares de la formación tienden al desarrollo y cultivo integral de la persona: la adquisición de los instrumentos del conocimiento y la comprensión; la competencia para una verdadera creatividad,

que permita afrontar con éxito las más variadas situaciones y dificultades; la capacidad para participar en la vida social en auténtica cooperación y concordia; el cultivo de la propia personalidad y de las cualidades necesarias para obrar con libertad y responsabilidad, y el cuidado de la propia persona y de la persona de los otros.

Interrogantes: ¿De qué servirían la crítica más aguda, la tecnología más refinada, la creatividad más novedosa y la liberación más lograda si se deja de lado el cuidado? Sin el cuidado permanente, tarde o temprano, todo se echaría a perder. Todos los intentos de superación de las actuales deficiencias caerían en el vacío y en el olvido sin la puesta en práctica de un cuidado permanente para lo que es preciso mantenerse vigilantes y no bajar la guardia. ¿Somos capaces de asumir el cuidado como categoría y como paradigma en nuestra labor educativa?

Relación para con el mundo

(Sinceros para con el mundo)

Es imposible entender a Francisco y al franciscanismo sin fijar la mirada en el Creador y en el mundo creado como icono del Creador. Dios mismo conduce al hombre al mundo y el mundo conduce al Padre que está en los cielos. En Francisco se realiza una especie de redescubrimiento de la creación, sobre todo si se tiene en cuenta la postura anterior monástica con su concepción del mundo como "*contemptus mundi*" (desprecio del mundo) en una visión ascética muy distinta a la de Francisco quien da un color nuevo al mundo creado por Dios y en el que considera al hombre como su residente privilegiado, ya que se encuentra en su casa, en su verdadero hogar que ha de cuidar con el mayor esmero. Francisco es inimaginable al margen de la creación, "del mundo concreto, del pueblo menudo en que practicaba los oficios, en el que recreó la fuerza evangélica la palabra *fratelli*, al margen de las nuevas relaciones sociales del mundo de la producción" (E. Vilanova). Es aquí donde encontrará su *humus* el *Cántico del Hermano Sol*. Cántico muy ajeno a una visión romántica de la realidad y, por el contrario, muy comprometido con la misma al sentirse parte de ella y a la que por nada puede renunciar

Los maestros franciscanos, basados en la espiritualidad de Francisco, mostraron siempre una excepcional simpatía para con la creación haciendo que ella aparezca como un reflejo del mismo Dios. En este aspecto brilla sobre todos, san Buenaventura con su explicación de las leyes del *ejemplarismo* por el que percibe en cada criatura "la *umbra*

(sombra), el *vestigium* (el vestigio-señal) o la *imago* (imagen) del Creador y extrae de ello un impulso destinado a llevar el alma hacia adelante en su itinerario hacia Dios, de suerte que uno no puede evitar la impresión de que las estaba componiendo teniendo presentes las experiencias tan vivas del Padre Seráfico y con la intención de justificarlas filosóficamente" (E. Bettoni, ofm).

Y cuando el día de hoy las ciencias tratan de descubrir que en la materia se da una tendencia hacia el espíritu, como si en la materia hubiese algo de 'espíritu', la visión franciscana puede hablar de un 'criptograma' inscrito en la materia. La materia y el cosmos entero es un libro escondido y hay que conocer y tener los medios para leerlo; hay que aprender el abecedario y el lenguaje de la creación; hay que aprender a leer no sólo la naturaleza sino la misma materia, el cosmos en general. Tratar de mostrar al mundo el sentido y el valor de ese 'criptograma' es una de las grandes tareas de la investigación franciscana, los educadores debemos todos entrar en este camino rico en valores. Ello nos llevará a conocer y defender la creación y a un profundo cultivo de la ecología; a una defensa radical de los derechos humanos, de la justicia social y económica; a la búsqueda de la paz y al esfuerzo por mejorar la sociedad bajo todos los aspectos.

El cuidado -como elemento esencial de la vocación- se impone una vez más al educador franciscano. El mundo y la creación son nuestra casa común, hemos de admirar su complejidad y su belleza. Siguiendo a san Francisco, a san Buenaventura y a la escuela franciscana hemos de aprender a contemplar tan gran belleza. "Cuando nos entregamos a esta contemplación irrumpe en nosotros el sentimiento del cuidado. Es un llamamiento ético. Sentimos el deseo de cuidar de esta inestimable herencia y nos damos cuenta de que todas estas realidades son vulnerables y claman por ser

cuidadas. Cuidar y ser cuidado, es la estructura básica de lo humano y de todo lo que vive (L. Boff, *El cuidado necesario*, 148). La visión y el comportamiento franciscano en este campo deben ser proféticos.

Esta inserción de Francisco en el mundo le hizo sensible para con todo movimiento que de alguna manera afectara al hombre; así: el reconocer la fuerza incontenible de la nueva sociedad a través de las 'comunas', el apoyo al movimiento laical en la Iglesia, a la vivienda pobre, al rechazo del feudalismo con todas sus consecuencias, al apostolado itinerante, a la importancia de la animación espiritual de la gente. Nosotros encontramos en todo esto una contestación no suficientemente calibrada, incluso en la tradición franciscana. Pero la verdad es que -como sostiene un gran medievalista- "los mendicantes rechazaron el feudalismo como hoy la misión de Francia se desolidariza del capitalismo; una misma violencia evangélica, no una ideología" (M.-D. Chenu, OP, allá por los años 1950). Hoy podríamos decir nosotros que -como franciscanos- nos desolidarizamos del neoliberalismo y del capitalismo salvaje, así como de la globalización acrítica, reductora y avasalladora de la dignidad humana.

Es precisamente la riqueza contenida en la visión bíblico-franciscana de la creación que nos permite y hasta nos empuja y obliga a tomar partido con decisión y con valentía, en medio de la *simplicitas* característica de Francisco. En la visión franciscana de la creación reluce, ante todo, el misterio de Cristo como Palabra del Padre. Pues por su Palabra (por y en Cristo) Dios crea todas las cosas. Para Francisco la creación entera, el cosmos, el mundo era como una gigantesca custodia que contiene al mismo Dios hecho carne en Cristo. La tradición franciscana muestra, especialmente a través del beato Juan Duns Escoto, cómo la vocación de las criaturas

todas es compartir la filiación divina en Cristo. Y si Cristo-Hombre es el fruto y la obra más grande del amor de Dios ("*summum opus Dei*"), por la fuerza del mismo amor Dios crea al hombre y al mundo, porque quiere compartir el amor ("*quia vult habere alios condiligentes*"). Estos y estas "con-diligentes" (co-amantes) somos nosotros, todos los seres humanos. El cultivo de la ecología tiene que estar marcado y sellado por la presencia de Cristo, pues él ejerce un papel primordial en el cosmos. Por eso, la tradición franciscana habla del "Cristo cósmico", Cristo presente y actuante en el mundo. Esta era también la visión de Teilhard de Chardin (+ 1955), influenciado por la doctrina de Duns Escoto. Teilhard canta el *Himno del Universo* (Madrid 1967, original de 1919). En este mismo libro tiene el conocido *Himno a la Materia*, en el que entre otras cosas, dice: "Bendita seas tú, Materia, Savia de nuestras almas, Mano de Dios, Carne de Cristo, Materia, yo te bendigo… Tú, Materia, reinas en las serenas alturas en las que los santos se imaginan haberte dejado a un lado; Carne tan transparente y tan móvil que ya no te distinguimos de un espíritu" (70-71).

Entre Dios y las criaturas hay un solo vínculo: el amor. Todos los seres fuera de Dios han sido queridos y creados únicamente para ser "co-amantes" (*condiligentes*). Así, pues, Dios quiere co-amantes, que toda la creación se una en el amor del mismo Dios y Padre. A la cabeza de todos está Cristo que precisamente ha sido querido "*ut Deum summe diligeret*" (para que amara a Dios en la forma más perfecta y suprema). Luego vienen los demás seres, pero todos tienen la misma finalidad. Y este misterio de amor se trasluce, a su vez, de forma espléndida, en toda criatura, pues toda criatura goza de una bondad intrínseca en medio de la bondad de la creación entera. Cada cosa tiene su peculiaridad en su diversidad. Esta es la *haecceitas* a la que apela Duns Escoto. Y a la que apelaba nuestro Ministro general, en su discurso en

la PUA (Pontificia Universidad Antonianum) el 07 de noviembre de 2003. Es preciso salir del individualismo para descubrir la verdadera individualidad, la identidad de cada uno ante Dios. “Con el diálogo -decía el Ministro general-, la persona abandona el individualismo y descubre su verdadera individualidad, su identidad (*haecceitas*) ante Dios”. Saber reconocer la verdadera identidad de cada uno ante Dios lleva al más grande respeto, a aceptar las diferencias que enriquecen y a estar atentos frente la tentación de totalitarismo, sea filosófico, sea teológico, social, religioso, comunitario o educativo.

La consideración del mundo-Creación como nuestra gran Casa nos lleva a cultivar una ética del cuidado que atraviesa todas las disciplinas e impregna todas las actitudes” (Boff). No importa si se enseñan y comparten matemáticas o sociología, química o historia o educación vial o familiar. El niño y la niña, el adolescente y la adolescente, el joven y la joven tienen que saberse amados, queridos y cuidados.

En un discurso en la ONU el eximio poeta y músico Pau Casals decía allá por los años ’80 del pasado siglo estas palabras que expresan de la manera más clara lo que significa cuidar y saberse cuidado: “El niño tiene que saber que él mismo es un milagro, que desde el principio jamás ha habido otro niño igual, y que en todo el mundo jamás aparecerá otro niño igual a él. Cada niño es único, desde el principio hasta el fin de los tiempos. Así el niño asume una responsabilidad al confesar: es verdad, soy un milagro. Soy un milagro igual que el árbol es un milagro. Y siendo un milagro, ¿podría hacer el mal? No, pues soy un milagro. Puedo decir Dios o Naturaleza, o Dios-naturaleza. Poco importa. Lo que importa es que soy un milagro hecho por Dios y hecho por la naturaleza. ¿Podría yo matar a alguien? No. No puedo. ¿Y otro ser humano, que es también un milagro como yo, podría matarme a mí? Creo que

lo que estoy diciendo a los niños puede ayudar a hacer surgir otro modo de pensar el mundo y la vida. El mundo de hoy es malo; sí, es un mundo malo. El mundo es malo porque no hablamos a los niños así como yo les estoy hablando ahora y de la manera que necesitan que les hablemos. Entonces el mundo no tendrá más razones para ser malo" (cit. por L. Boff, *El cuidado necesario*, 153).

****

Concluimos esta exposición citando unos párrafos del documento de Aparecida (Brasil, 2007). No podemos olvidar la realidad en la que nos movemos y en la que ejercemos nuestra labor educativa, así como la situación de nuestras familias y los niños/as y jóvenes con todos sus valores y sus carencias. Según Aparecida, vivimos "una particular y delicada emergencia educativa. Pues las nuevas formas educacionales del nuestro continente, impulsadas para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando con el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, y denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad" (328). Evidentemente no son estos los mejores medios para construir una sociedad sana y con futuro.

Por otro lado, Aparecida subraya la importancia de la familia y de la cultura para que se adquiera una formación integral. En realidad, afirma, "La cultura, para ser educativa, debe

insertarse en los problemas del tiempo en el que se desarrolla la vida del joven. De esta manera, las distintas disciplinas han de presentar no sólo un saber por adquirir, sino también valores por asimilar y verdades por descubrir" (329). Y todo ello dentro del amiente de una dimensión ética que no está dispuesta, sin más, a "asumir la actualidad como parámetro de los valores, corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales, y de perder de vista las exigencias más profundas del mundo contemporáneo" (330). La verdadera educación humaniza y personaliza al ser humano; es así como se humaniza el mundo, se produce cultura y se construye la historia. La educación, vista y llevada cabo en clave franciscana, nos impulsa a la realización de esta grande, exigente y hermosa tarea.

Hno. Gregorio P. de Guereñu, ofm.
Jesús María (Lima), febrero de 2013.

ORACIONES

I

Oh Dios, te pedimos hoy tu Espíritu. Que él sea para nosotros como un *fuego* ardiente y luminoso que ilumine nuestras tinieblas y reavive nuestro amor. Que sea para nosotros como un *hálito suave* que nos consuele y nos tranquilice en nuestra pusilánime agitación ante el futuro. Que sea para nosotros como una tempestad que purifica el aire. Que sea para nosotros como agua que hace brotar nuevas plantas y flores tras la sequía. Oh Señor de nuestra vida y de nuestra historia, que tu Espíritu nos demuestre que la *antigua misión* que tú nos diste realmente puede también transformar el mundo *en estos nuevos tiempos* (H. Schalück, ofm).

II

San Francisco, que recibiste los estigmas en La Verna,
el mundo tiene nostalgia de ti
como icono de Jesús Crucificado.
Tiene necesidad de tu corazón abierto a Dios y al hombre,
de tus pies descalzos y heridos,
y de tus manos traspasadas e implorantes.
Tiene nostalgia de tu voz débil,
pero fuerte por el poder del Evangelio.
Ayuda, Francisco, a los hombres de hoy
a reconocer el mal del pecado
y a buscar su purificación en la penitencia.
Ayúdalos a liberarse también de las estructuras de pecado
que oprimen a la sociedad actual.

Reaviva en la conciencia de los gobernantes
la urgencia de la paz en las naciones y entre los pueblos.
Infunde en los jóvenes tu lozanía de vida,
capaz de contrastar las insidias
de las múltiples culturas de muerte.
A los ofendidos por cualquier tipo de maldad
concédeles, Francisco, tu alegría de saber perdonar.
A todos los crucificados por el sufrimiento,
el hambre y la guerra,
ábrales de nuevo las puertas de la esperanza. Amén.
(Juan Pablo II).

III

María,
Madre de nuestro Hermano y Señor Jesucristo,
Pobre y crucificado,
Madre de nuestra Familia,
Madre de los pobres:
escucha nuestra súplica confiada.
Muchos pueblos carecen de pan material y espiritual.
Muchas mentes y muchos corazones
carecen del pan de la verdad y del amor.
Muchos hombres carecen del pan de la Palabra
y del pan del Señor.
Arranca del corazón humano el egoísmo que empobrece.
Que los pueblos del mundo entero acojan la Luz verdadera
y caminen por sendas de Paz y de Justicia
en el respeto mutuo
y la solidaridad injertada en la humanidad de nuestro Dios.
Señora de la Porciúncula:

Ilumina nuestra esperanza,
purifica nuestros corazones,
acompáñanos, en los caminos de la evangelización,
hacia un mundo cada vez más justo
y más libre para todos. Amén.

(Hermann Schalück, ofm).

Centro Educativo Particular
"SAN ANTONIO DE PADUA"
Central: 614-3600
Inicial: 261-2147
Dirección: Jr. Húascar 2145 Jesús María
Primaria: 614-3600 anexo 530
Dirección: Calle Luis N. Sáenz 570 Jesús María
Secundaria: 614-3600-anexo 515
Dirección: Av. Estados Unidos 569 Jesús María
www.cepsap.edu.pe